

La devoción a la poesía tiene su precio, por más que uno sienta que la inspiración sale del fondo de nuestras convicciones. Y el valor de toda poesía será el de las palabras, que nunca están a la venta, por más soplo divino que les caiga.

EDGAR O'HARA

Juan, el milagrero

Ciudadano de la noche

Juan Manuel Roca

Fundación Guberek, Medellín, 1989

Ciudadano de la noche es un libro que transmite un entusiasmo inigualable por los seres de un paisaje cotidiano y la palabra que los nombra con certeza. Poesía sobre personajes (los ciegos, los ladrones, un brujo, Penélope, Vallejo), de monólogos y canciones (de la gitana, la bailarina, el sastre, el afilador, el volatinero, el fabricante de espejos). Poesía de respeto por la imagen verbal (en la ruta de Jorge Teillier), con poemas de pequeñas estrofas numeradas (*Sonata de la lluvia*, en VII partes), que sueltan poco a poco sus cuentas: "Como si alguien hubiera roto un collar de falsas perlas, / A las puertas de la tarde se desata el granizo" (I, pág. 32). Poesía de secretos y de finales que tuercen el sentido o avientan una moraleja sobre el arte de escribir: "pero ningún ladrón es más hábil que el olvido" (*Poema con ladrones*, VI, pág. 21); "Pero ningún puñal de sombra tan hiriente / Como la larga ausencia de tu cuerpo" (*Canción del afilador*, pág. 35); "Así, escurridiza y evasiva es la palabra" (*Aprendiz de cazador*, pág. 58).

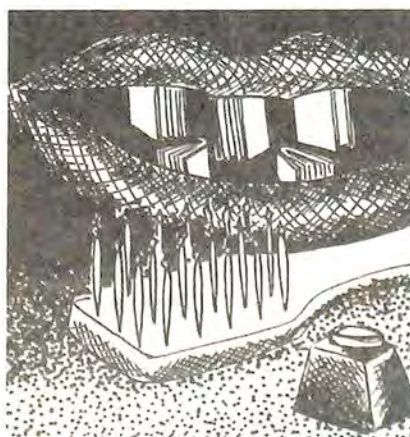
Dos símbolos recorren de arriba abajo el libro. Los espejos sirven para distorsionar la imagen que cada uno se construye de sí mismo y del resto:

*Y veo a los demás, que son mi espejo,
Me asusto de saber que fui flor,
Que fui cascada, que fui fuego.*
[Monólogo de la bailarina, pág. 39]

*Mi madre narraba la leyenda negra
Del que huye del espejo*
[Hace más de muchos soles, pág. 23]

Y también, por cierto, el poema —a la medida de las palabras, como el sastre que conoce la piel ajena— puede revelarse en la mirada del lector: "su cuerpo es espejismo" (*Monólogo del sastre*, pág. 40). Esta dirección es la que adoptarán los guiños entre poemas. Por ejemplo, *Monólogo de la gitana* (pág. 38) fue sugerido previamente por estos versos: "Y las gitanas han leído en los mapas de mis manos..." (*Ciudadano de la noche*, II, pág. 29). El tema de César Vallejo invita a una cena (págs. 10-12) tendrá ecos en un poema posterior:

*Y otras lánguidas y tristes
Como si hubieran cenado con Vallejo.*
*Aunque la terquedad del hombre
Es peor que la terquedad de las polillas.*
[Estrella de la memoria, pág. 43]



El otro símbolo es el sueño, ligado a la teatralización de los monólogos y canciones, por analogía sobre todo con la imposible frontera de los ciegos y los espejos. Así también se afila

una poética que salta de lo abstracto a lo concreto¹.

En un principio es el impulso que sopla en las palabras y tiene la consistencia de lo desconocido: "Una voz tocada por el vino lunar / Llega de viaje hasta la sombra" (*Voces, señales* pág. 17); "Que tantas cosas habiten una voz: / Trenes. Humo. Una canción que barre el viento / Y una mujer que espera a nadie en los andenes, / Es un milagro" (*Oyendo a Louis Armstrong*, pág. 54). Luego adquirirá un valor material: "Vengan al carnaval de los que hablan / El lenguaje mudo de las telas..." (*Monólogo del sastre*, pág. 40), para recalcar la necesidad de un lenguaje distinto:

*Y bien, hablaremos un nuevo silabario
En el después de las heridas.
Y después del después, luego del luego,
Cuando el poema sea más que una emboscada.*

[Después de la noche, págs. 52-53]

Lo sugestivo en la poética de J. M. Roca es que jamás omite el subsidio (de ahí lo *nocturno* en el libro) que hace posible los poemas: la siempre extraña conjunción de una sustancia lingüística con un tiempo indefinido que no se deja someter por nada, y menos por consigna de nadie. Esa es la función que cumplen —soberanamente, según mi entender— los ciegos y el agua en este libro:

*Alguien, lector de lluvias,
Se asoma a la ventana
Y descifra los tenues ideogramas del agua.*

[Sonata de la lluvia, V, pág. 33]

*Escribo en el agua el nombre de amigos diluidos,
Y un tambor, un embrujado tambor
Da voz a mi silencio, a mi ceguera.*

[Casa de la música, pág. 56]

¹ Sobre los sueños, cf. págs. 24, 25, 26, 30, 35, 48, 50 y 54.

Sólo un poeta que sabe por experiencia que los dones de la palabra son obra del viento, es capaz de inquietarnos con una descripción terrible y bella y, por eso mismo, humana:

*Y en la silenciosa biblioteca
Los pasos de la noche traen
rumores de leyenda,
Rumores que llegan hasta orillas del libro.
De regreso del asombro
Aún vibran palabras en sus
dedos memoriosos.*

[Biblioteca de ciegos, pág. 15]

De ahí entonces que la voz poética comparta la siguiente oración a santa Cecilia:

*Si la música es la luz de los ciegos,
Pon un poco de ritmo a mis palabras,
Que donde haya ruido suene un violín, una ocarina...*

[Letanía del musicante, pág. 57]

El corolario de esta humilde sabiduría puede advertirse en la precisión con que hace su ingreso el pragmatismo del poema que sería el álgar ego de aquel otro que da título al libro. Me refiero a *Retrato de Johannes, el nocturno*, cuya prédica no pertenece al reino de la oscuridad sino a la práctica diaria del lenguaje, a la ceremonia de amor y odio. En las palabras de este poema no hay atisbos de duda. Y sin embargo es la incertidumbre —otra vez la máscara de la noche— la que lo anima a expresar su milagrosa existencia. El poema recuerda —por su tono— *Una carta rumbo a Gales*, el más divulgado de J. M. Roca: “Me pregunta usted dulce señora/ Qué veo en estos días a este lado del mar./ Me habitan las calles de este país/ Para usted desconocido,/ Estas calles donde pasear es hacer un/ Largo viaje por la llaga...”. Pero el actual poema es más amargo todavía:

*Me hice enemigo de un país sin amigos
Y en los bordes de la acera vi la flor de la miseria.
Alguien me preguntaba por qué el sabor*

*De metal que hay en mis cantos.
Yo respondía con el sabor a herrumbre
Que nos deja un país de oscuras rejas.*

[Retrato de Johannes, el nocturno, págs. 50-51]

Esa existencia —diurna esta vez— será la de la poesía, llamada que vuelve a quienes aprendieron en ella, en ese cuerpo, a creer en los milagros.

EDGAR O'HARA

Nostálgico halo clasicista

Amantes y otros poemas

Jorge Gaitán Durán, Prólogo de Darío Jaramillo Agudelo, grabados de Juan Manuel Lugo

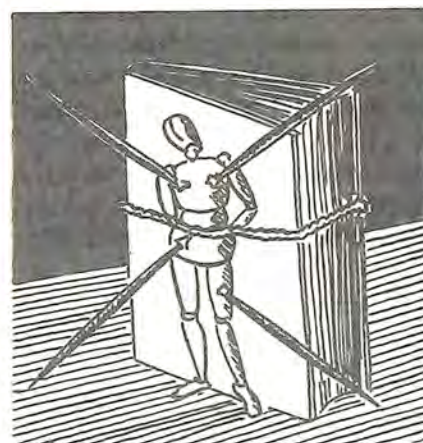
El Ancora Editores, Bogotá, 1989

Si la muerte por circunstancias violentas ha marcado de una forma definitiva e irreversible la historia de Colombia, con la literatura no lo ha sido menos. Escritores como José Asunción Silva, Carlos Obregón, Eduardo Cote Lamus, Gonzalo Arango, Jorge Gaitán Durán, nos lo confirman perentoriamente. Se podría aumentar la lista de “los muertos antes de tiempo”, pero este no es el asunto de esta reseña.

Los críticos coinciden en valorar estos dos libros que ahora se publican conjuntamente como lo más logrado de la obra de Gaitán Durán. Podemos decir sin ninguna exageración que es una espléndida ocasión para leer al poeta de *Los amantes* (1959) y de *Si mañana despierto* (1961); 37 poemas que congregan lo mejor de su obra, ya que sus anteriores libros —*Insistencia en la tristeza* (1946), *Presencia del hombre* (1947), *Asombro* (1951)— pueden ser considerados como preparatorios para sus dos grandes y densos y últimos libros de poemas.

Sin menoscabo de los grabados de Juan Manuel Lugo que se incluyen en este volumen, algunos de sus poemas nos recuerda por su nostálgico halo clasicista a Puvis de Chavanne (1824-1898), sobre todo en *Verano, uvas, río, Por la sombra del valle y Sé que estoy vivo* y al Matisse de las Pastorales. También la descarga erótica de *Amantes* tienen un paralelo con André Masson (1896-1987), el pintor francés que ilustró textos de Bataille, el *Martinica, encantadora de serpientes* de Breton, además de realizar entre muchas otras obras una serie de retratos sobre el Marqués de Sade. Quizás lo que más le distinga de los otros poetas de su generación sea la profunda convicción con la que escribió sus poemas. Gaitán hace de la poesía su experiencia más radical encontrando en el límite del alba, en el mediodía, en el combate de los cuerpos, los espacios preferidos de sus poemas.

Quienes le conocieron hablan de su altanería; el lector, cuyo único testimonio son sus escritos, advierte que esa energía sufre una transformación hacia la rudeza. La concisión de sus versos nos recuerda aquella advertencia de Rilke: “era un poeta y odiaba lo impreciso”. Sus poemas son como golpear en la mesa con un guante de acero, indicando que cada uno de ellos es una dura prueba, un acto de conocimiento.



Enfrascado como estaba en la intensa experiencia con las cosas, el lugar que más claramente se le abre como posibilidad para comprobarlo es el Instante. Si trazamos un mapa ima-